



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

LA REVOLUCIÓN SOCIAL



—El día de la emancipación tié que ser el gran día. ¡Todo para todos!
Yo, con lo que me toque en el reparto y una tierrecilla que tengo en Ara-
vaca, ya estoy despachao perfectamente.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poem, por Luis Taboada.—¿Quieres versos? por Eduardo Iturrulo.—Las mozas de Valdeatas, por Juan Pérez Zúñiga.—Palmes, por Carrán.—Segundillas manchegas, por Eduardo de Palencia.—El que no se consuela..., por Felipe Pérez y González.—Filateia mística, por Mariano de Cavia.—Aclaraciones, por Simón Delgado.—La última palabra, por Emilio Bobadilla.—Desquite, por Antonio Montalbán.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: La revolución social.—Carneval.—Anuncios, por Cilla.



Hay días aciagos.

Tripanova se levantó á las ocho de la mañana y pidió agua para lavarse, porque la había dicho el jefe de su oficina:

—De espero á usted mañana temprano, para que nos dediquemos á un asunto urgente que me ha confiado el ministro. Cuidado con faltar, porque ya sabe usted cómo las gasto.

Al ir á meter la cabeza en la palangana tropezó con un peine que se había caído delante del aguamanil, y con la cabeza rompió el espejo.

—¡Malo!—dijo él, y se puso á recoger los pedazos y á rezar una oración en verso que le había enseñado un tío suyo, bastante carlista.

Después se lavó como pudo, y después comenzó á vestirse; pero estaba tan preocupado con lo del espejo, que no acertaba á ponerse la camisa y se metió los pantalones por la cabeza.

Al salir de su casa para dirigirse á la oficina, tropezó con un compañero de la infancia, que no hizo más que verle y le dijo:

—Me alegro de encontrarte, porque vas á hacerme un favor inmediatamente.

—¿Cuál?

—Vas á subir á mi casa para que me ayudes á sujetar á mi señora. Ha salido con objeto de pedir socorro, porque no tengo á nadie en el mundo.

—Pero...

—Le ha dado una convulsión horrible y la he dejado en el suelo golpeándose el rostro con las manos. Sube, hazme ese favor!

Tripanova no pudo excusarse y penetró con su amigo en casa de éste, donde estaba la infeliz esposa con la cara debajo de un sofá y las piernas encogidas, en forma de sacacorchos, revolcándose en la estera.

—Á ver si podemos llevarla á la cama,—dijo el marido cojiéndola por los pies como quien coje un felpudo para sacudirlo.

—¡Ay!—decía ella echando espuma por la boca.—El dolor está aquí—y se apretaba el vientre.

—¿Quieres una tacita de flor de malva?—le preguntó el esposo.

Ella hizo una señal afirmativa, porque es de las que toman todo lo que se les da, aunque sea engrudo.

—Voy en un periquete á la botica—dijo el esposo;—entretanto cuida de que no se enfria, amigo Tripanova, y si ves que le vuelve la convulsión, ponla boca abajo y sacúdela con los zorros para promover el sudor.

Cuando Tripanova se vió solo con aquella mujer, comenzó á pensar en su mala estrella.

—¡Pero, señor!—se decía hablando á solas.—¿Quién me ha metido á mí en este atolladero? ¿Qué va á decir mi jefe cuando vea que me retraso? Pero, por otra parte, yo no puedo dejar á esta apreciable familia en tan duras circunstancias...

En aquel momento la señora se puso á dar gritos espantosos y á revolverse en la cama como una lagartija.

—¿Qué es eso?—preguntaba Tripanova.—¿Se quiere usted ba-

ñar? Vamos, señora, tenga usted ánimos. Muerda usted esta petaca mía para desahogarse.

—¡Ay, ay, ay!—seguida diciendo ella, y echaba las piernas por alto y se agarraba á los hierros del catre, y en una de estas evoluciones le atizó una patada á Tripanova en la boca del estómago, que á poco más le tumba.

Pero no tuvo ni tiempo para quejarse, porque la señora acababa de lanzar un grito terrible, diciendo después con frases entrecortadas:

—Caballero... haga usted el favor de levantar... la colcha... y de recoger eso.

—¡Cielos! ¿qué es éso?—exclamó Tripanova.

—Una criatura.

Efectivamente, la señora acababa de dar á luz un robusto infante, y Tripanova se puso á temblar y á dar vueltas por la habitación sin saber qué hacerse.

En aquel momento llegó con la flor de malva el esposo de la víctima y se lanzó sobre la criatura como un demente.

—¡Hijo de mi corazón! ¡Ya estás aquí!—gritaba, cubriendo de besos al angelito, que parecía un perro desollado.—Anda, Tripanova, corre á casa de D. Aquilino, el médico, que vive en la Ronda de Embajadores, 104; si no puede venir él, que venga su señora, que también entiende de alumbramientos... No te detengas.

Tripanova, en vez de coger el sombrero cogió la pantalla del quinqué y se la puso; después echó á correr escaleras abajo. Al llegar á la calle los transeúntes le miraban con asombro, y un guardia municipal le detuvo cogiéndole de un brazo.

—Venga usted con nosotros—le dijo.

—¿Dónde?

—Cuidado con morder. ¿Hace mucho tiempo que es usted loco?

—¿Loco yo? Esto es un atropello.

Quiéras que no, fué conducido á la casa de socorro, donde comenzaron los médicos á hacerle preguntas, y uno de ellos le ató un pañuelo á la cabeza, después de mojarlo en agua sedativa.

Á todo esto las horas iban pasando y Tripanova pensaba en la oficina, en el jefe, en el comadrón, en la criatura y en el espejo roto. Á fuerza de explicaciones consiguió convencer á los médicos de que no estaba demente, y pudo verse al fin en la calle, libre de persecuciones.

Pero tenía buen corazón y no quiso dejar á la esposa de su amigo sin los auxilios de la ciencia. Corrió á la Ronda de Embajadores, y en el número 104 preguntó por D. Aquilino.

—Aquí no hay ningún Aquilino—dijo con mal humorado acento una señora que salió á abrir.

—Bueno—contestó Tripanova.—Pues véngase usted conmigo, y es igual.

—¿Con usted?

El marido de aquella señora, que era hombre celoso é irascible, se presentó en la puerta con los ojos desencajados y los pelos en desorden.

—¿Qué viene usted á hacer aquí?—preguntó á Tripanova; y antes de que tuviera tiempo de responder lo empujó violentamente, haciéndole rodar las escaleras.

Una hora después Tripanova entraba en la oficina jadeante, con la ropa arrugada y la nariz partida por gala en dos.

—Señor—dijo al jefe,—me he retrasado contra mi voluntad.

—Puede usted retirarse,—contestó el elevado funcionario.

—¿Por qué?—se atrevió á preguntar Tripanova.

—Porque el ministro acaba de firmar la cesantía de usted.

Tripanova dió un brinco y fué á caer de bruces sobre una taquilla murmurando:

—¡Qué día, Dios mío, qué día más aciago!—LUIS TABOADA.

¿QUIERES VERSOS?

Ni coplas en abanico
ni en sában dulces endechas
en elogio de tus gracias
que cantan varios poetas.

Y del vagar de mi plasma
amargamente te quejas,
porque de dulces mentiras
no quiero dejarte ofrenda?

En album ó en abanico?
En donde aharde hacer pedras
del gubro incienso que en aras
de tu vanidad se quema?

En hojas que tus amigas,
cuando te visiten, lean,
brillando en ti el amor propio
aún más que la envidia en ellas?

¿Sobre varillas de sándalo
que diestramente mantijas
dándote, al batir el aire,
esos aires de inocencia,
poniendo sobre tus ojos,
al simular la vergüenza,
todo un paisaje de ripios
que, al alzarlos, apedran?

Ni en blanco ni en negro
no es posible que me quieras
junta á tan roeandas tintas
con mi tinta la más negra.
entre falsos madrigales
con epigramas de veras,
ó tras los gloriosos crecidos
con algún *equívoco* *clerical*.
No, Mari Luz; aunque digan
vates cursis en capiteas
que, con la luz de tus ojos,
al mismo sol se le presta;
por amor á tí, permítame
que mis coplas no te ofrezca
en dando tus enemigos
y tus amigos las vean;
pues un rasgo de mi pluma
que te fondo descubriera,
gano en unas causas
y en los otros anda ptna.

¿Esteribé Para tí sola.
¿Dónde? Limpio se conserva
de la antifa de aquel bañe
aquí tafetan de seda.
Dijo él se ocultó ese rostro
que aún por virginal celebran,
y si es el alegre y mudo
tutigo de te ilaqueza.
Le conservo y te lo mando
con veras, pues los desesos
buenos cosas no te digo,
símte algo cosas nuevas.
Si el español y el alemán
como obras del arte aprecia;
porque de otros contrastes
vive el arte y se alimenta,
yo sé; Láz del alma mía,
que has de hacer que no se ven
ni verdad dura y amarga
jento á mentes tan bailas.

EDUARDO INFILLO.

LAS MONJAS DE VALDEFLOTOS

Existen unas monjas en Valdeflotos
que tienen siete vidas, como los gatos.
Las mira todo el mundo con gran respeto,
y tanto el señorito como el pafeto
se sienten orgullosos viendo escondidas
en su pueblo unas monjas con siete vidas.
Va gente de San Marcos y Valdesponjas
á mirar entre rejas á aquellas monjas,
como si fueran biclins de especie rara,
lamentando no verles más que las caras,
y las del pueblo viven dándose pisto,
pues en cuestión de esposas de Jesucristo,
aunque huy muchas debajo de las estrellas,
lo que es con siete vidas no hay más que aquellas.
¿Que una se cac al suelo desde el tejado?
¿Que otra un cólico sufre semi-cerrado?
¿Que la madre Fulana tiene el moquillo,
la diabetes, el tífus y el garrotillo?
¿Que el perro del convento cierta mañana
le comió las narices á Sor Fabiana?
¿Que está con pulmonía la dispensera?
¿Que hondas penas afligen á la ternera
porque hace más de un año no tiene cura?
¿Que Sor Paz está echando la dentadura?...

Cosas son todas estas que á aquella gente
la tienen sin cuidado completamente,
pues sabe que á las monjas de Valdeflotos
Dios las da siete vidas como á los gatos.

Yo, que de verlas monjas tenía gana,
me marché á Valdeflotos una mañana,
y allá, en el locutorio del Monasterio,
me dijo la abadesa con gran misterio:

—Lo de las siete vidas, hace diez años
lo inventó el reverendo Padre Castañón
para que nós tuvieran por milagrosas
y nós dieran dinero y otras mil cosas.

—¿De modo que es un timo de cuerpo entero
lo de las siete vidas?

—No, caballero;
porque en esta vivienda tan reducida
cada qual de nosotras tiene una vida,
y como somos siete las que cabemos,
son siete vidas justas las que tenemos.

JUAN PÉREZ ZORRILLA

PALIQUE

Acabo de recibir un librito que se titula *A San Juan de la Cruz*, poesía de D.^a Carolina Valencia, premiada en público certamen por la Real Academia Española, y publicada á sus expensas.

Es decir: á mis expensas y á las de ustedes, porque aunque ni ustedes ni yo somos académicos para cobrar, lo que es para pagar como si lo fuéramos: en cuanto pagano, todo contribuyente es académico.

La Real Academia paga con nuestro dinero, y, por consiguiente, el verdadero tribunal, el de alzada, somos nosotros. Yo, por lo que á mi contribución toca, protesto contra el gasto de la Academia. No, no creo que se deba gastar el dinero del Estado en proteger debilidades poéticas de señoritas más ó menos inspiradas, pero cuya *misión en esta tierra en que habitan* es muy otra que escribir odas cursis, nihilistas, tautológicas, inocentanas, anodinas é incorrectas. La señorita Valencia, créame á mí, es un Muñitos sin más ventaja que la del sexo, que siempre es preferible siendo el bello. No haga caso la señorita Valencia al insidioso padre Blanco García, que la llama «Zorrilla femeni-

no» con dudosa oportunidad onomástica. Según el padre Blanco, la señorita Valencia es una dulce y simpática poetisa, que desde el retiro de su hogar (*porque ni siquiera reside en la corte...*) «Divino, pater, divino! De modo que, según usted, el que reside en un hogar no reside en la corte: ¡en la corte no hay hogares? Y el ni siquiera tiene también mucha gracia: ¿qué querrá decir ese ni siquiera? ¡Tavo el arroyo de lanzar al público un libro de poesías. Ni que fueran ladrillos, padre crítico. Vaya un modo de señalar.

«Hojas verdes y lozanas del árbol de un corazón sano.» ¡Qué románticos son estos agustinos contenidos y condensados! «Los que estiman mortal toda culpa contra el *Doctissimo de la moda*.» ¿Qué decálogo es éste?

«Cuáles son sus diez mandamientos? Porque si no son diez no es decálogo, agustinillo. «No perdonarán á Carolina Valencia sus atenciones á mirar hacia atrás.» Que mire, señor, que mire. ¿Cree usted que todos somos como Jehová, que no consenta esas miradas? Pero sigamos al padre Blanquillo, el cual dice que el que quiera «volver á sentir las impresiones que haya experimentado con la lectura de *Los Cantos del trovador* y el poema *Granada, sin la molestia de la repetición*, que lea á D.^a Carolina. Sublime. Aquí se revela el crítico *frailino* de cuerpo entero. La *molestia de la repetición* de la lectura tratándose de lo mejor del mejor poeta castellano actual, según el mismo padre Blanco, es un rasgo que equivale á toda una confesión. En vez de repetir (*y molestarse*) la lectura de Zorrilla... el padre Blanco lee á la señorita Valencia. Y á un crítico así úm á tomarle en serio Valera, Balart, etc., etc. Sigue el padre comparando á la señorita Valencia con muchas cosas incongruentes é incoherentes, y dice que su alma es un arpa ecólica (ecólica habla de ser), de la que nacen las rimas como agua de manantial copioso. Metáforas montadas en metáforas. «Sólo, si debe la autora ponerse en guardia...» ¿Pues no le manda ahora *ponerse en guardia* después de llamarla arpa y Zorrilla femenino?

Si á poner en guardia vamos, yo aconsejaría á la señorita Valencia que se fiara más de los *caprichos escritos de Zorrilla* (el masculino), contra los cuales la previene el padre Blanco, que de las *dulcedumbres* críticas de un monje reconcentrado y lector de novelas de Peirólón. ¡Ponerse en guardia! ¡Mire usted que mandar á una señorita ponerse en guardia!

Yo no diría palabra de los versos de la señorita Valencia, si no se los premiara la Academia. De modo que en rigor todo esto va contra la cotorrona de la calle de Valverde, no contra la poetisa, que no es ni mejor ni peor que tantas otras que son muy malas, como es natural, y hasta conveniente. Una medianía literaria del sexo femenino hace más estragos que el ejército de Jerges. Más vale que las literatas sean malas del todo.

La oda á San Juan de la señorita Valencia se reduce, como todas las de su clase, á hinchar un perro con lirismo vacío, es decir, falso, á estar diciéndole á la musa: *canta esto y canta lo otro*; y vuelta con que va á cantar por aquí y va á cantar por allá, y por fin no sale de esta canción. Como se trata de un santo místico, abundan las florecillas simbólicas, y el ganado lanar y los desmayos trascendentales, todo ello sin calor ni sinceridad; frío, amañado, retórico; se ve que la señorita Valencia está pensando en el conde de Cheste y en el Sr. Tamayo, secretario perpetuo de la Academia, y no en el amor de Dios, que no es cosa para traída y llevada en públicos certámenes.

Sin mala intención, por culpa de la mala retórica, trata la poetisa al santo con escasos miramientos.

Le llama *serafín ardiente*, por ejemplo, que tiene tanto sentido como si le llamara... cámara ardiente, v. gr. En cuanto á la Academia, ya que se paga de formas, debió mirarse antes de premiar cosas como estas.

De aquella lira en el Edén forjada

Aquí se supone que en el Edén hay fragua y que las liras se hacen como los picos y los hazadones.

Su ardiente fe se aviva y se agiganta

Demasiado sabe la Academia que el verbo agigantarse, agigantar, no lo considera ella castellano. Pero la poetisa no hace caso, porque insiste.

Cuanto más se amenazó más se agiganta

¿Cómo premia la Academia vaguedades sin sentido y de expresión tan desdichada como estas?

¿Quién es capaz de celebrar la gloria

de que se inunda el alma

con ese singular abatimiento

en que se ve victoriosa palma?

Suponiendo que la palma se cifra, ¿qué quiere decir todo eso? Ese singular abatimiento, ¿qué tiene que ver con las palmas?

Serafín abrasado del Carmelo.

(¡Ya se tostó!)

Tú á quien la primordial sabiduría

hizo participar de su omnipotencia.

Mucho lo ando: ni San Juan de la Cruz, ni el mismo San Juan Ante-portan-latinam creo yo que hayan llegado á participar de la sabiduría infinita de Dios. En fin, si la señorita Valencia ó Cheste y Catalina tienen otras noticias, nó discuto.

¡Así andamos!

En estas muñiteras ha venido á parar la poesía religiosa castellana!

Yo quisiera que la señorita Valencia no leyera este Palique;

CARNAVAL



«Tu mujer te engaña. Esta noche, mientras tú velas despachando con el ministro, ella va al baile del *Movimiento continuo*. Vigila, y te convencerás. Llévate un dominó de color de tórtola...»



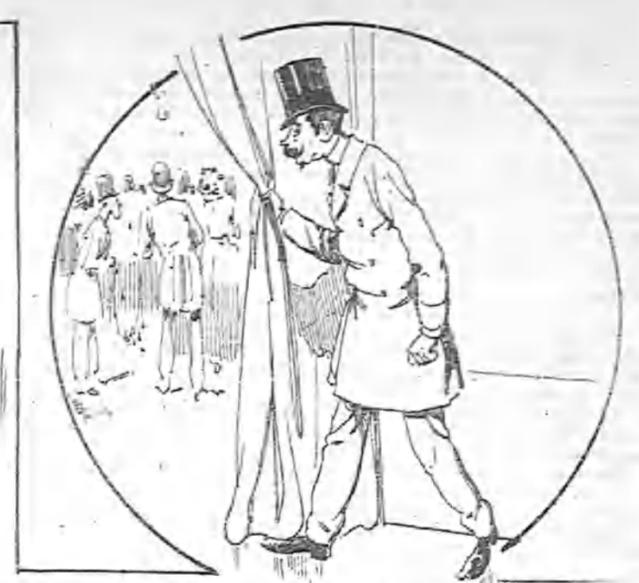
—Sí, hija, sí. Tengo que despachar en el ministerio. ¡Infame! ¡Con qué alegría me despido!



—No, pues yo no voy al ministerio. La sorprendo esta noche.



—Ahí va. ¿Pesa? ¡Ah, sí! El revólver. Déme usted el revólver.



Aquí, desde este rinconcito, se puede pasar revista a la concurrencia sin que le vean a uno.



Me parece que he visto pasar un capuchón de color de tórtola.



¡Justo! ¡Ella es!



¡Quite usted de ahí, so indecente! ¡Vá usted a dejar a esta señora más que a paso.



Y usted sígame sin chistar. ¡No admito explicaciones! ¡Ni una palabra!



Nada, adelante. ¡Tengo tomada mi resolución!



Entre usted, señora.



Y ahí se queda usted mientras yo preparo mis cosas antes de darle el castigo que merece.



«Señor Juez, mato a mi mujer... me mato yo porque...» ¿Quién respira ahí?



¡Mi mujer! Pues ¿a quién he encerrado yo en la cocina?



¡Ahorra!

sentiría mucho mortificar su amor propio. Pero... ¡si la quiero yo mejor que los padres duncalces que la adulan!

Esa facilidad que tiene para hacer versos que así, de repente, suenan bien, no es don poético, es cierta blandura nerviosa que nos consiente repetir ciertos ritmos después de habitar a ellos el oído.

Cuando yo, allá en mi adolescencia, me daba grandes atracones de alexandrinos de Víctor Hugo, me pasaba las noches, a poco difícil que fuera la digestión de la cena, haciendo de Víctor Hugo en la cama, con antitesis y todo. Después de leer mucho a Quintana, por ejemplo, no puede uno menos de empezar cualquier conversación diciendo:

Dadme que...

ó bien

¿Cuándo será que...

Todo es fusto, y con los años y los desengaños se quita. No á todos; hay quien muere con el sonsonete... Pero la señorita Valencia, que es buena cristiana por lo que veo, desistirá de manejar el plectro.

Además, ella sabrá mejor que yo que en poesía hay que limar mucho; y quien dice limar dice cortar. Las tijeras son instrumento de todo buen poeta académico.

Ya supongo á la señorita Valencia con las tijeras en la mano.

Y las tijeras, por natural asociación de ideas... la llevarán hasta la aguja. Por ahí empezaron los *yapodas* de la Iliada.

Y después, ya todo es cuestión de... coser y cantar. Pero cantar de veras, no *liricamente*.

CLARÍN.

SEGUIDILLAS MANCHEGAS

Me dice mi Ramona
del alma mía
que el que tapa lo bueno
Dios se lo quita.
Y es porque llevo,
para taparme un gramo,
un parche negro.

¡Valiente alcalde gusta
Valdecabrito,
que en cuanto se acalora
da á Dios un tiro!
Y tiene un burro
que al mes ¡por enseñanza!
cobra seis duros.

Diputado por China
salió Revuelta,
y allí nadie le ha visto,
ni lo desea.

Dicen los *chicos*,
no que ellos le han sacado,
que se ha salido.

En *El puñal de! godo*
te retrataron,
¡Qué ejemplar tan hermoso!
¡Si estás ladrando!
¡Pues y de fraile!
¡Qué unción! Eres el lego
de *Los madgyars*.

—¿Que se casa la tiple
Róta Manchosa?
¡Pero si está casada!
—Será con otro.
En cuatro meses
enviudó en Buenos Aires
cuatro ó seis veces.

EDUARDO DE PALACIO.

EL QUE NO SE CONSUELA...

Salió del baile de Píñata Paco,
y fué víctima el pobre de un *atraco*.
Implacables y fieros los ladrones,
sin consideraciones
á ser de madrugada y á hacer frío
de «padre y señor mío»,
le dejaron en menos de un segundo
lo mismo que su madre lo echó al mundo.
Y dando tiritones,
al ver que se alejaban los ladrones,
se consolaba Paco de este modo:
—Piensan que ya me lo quitaron todo...
¡Buen chasco se han llevado!
¡¡Que vengan á quitarme lo bailado!!

FELIPE PÉREZ GONZÁLEZ.

FILATELIA MÍSTICA

Todos, hasta el director general de Comunicaciones, y quizás también el Ordinario de Madrid-Alcalá, sabemos qué es *filatelia*, gracias al Doctor Thebussem, cuyos escritos han vulgarizado la palabra.

Pero si el Ordinario postal y el Ordinario eclesiástico se figuran que lo de *mística* significa que ya se han inventado sellos de correos para nuestras comunicaciones con la corte celestial, ¡vive Dios que se equivocan como un solo Ordinario!

No, ese ramo de la *filatelia* no surgirá y se cultivará sino cuando hagamos á Carulla director de Correos. Las sacristías entablarán entonces fiera competencia con los estancos, y cuando vayamos á recoger las cédulas de comunión, pediremos también sellos para nuestra correspondencia con la divina Sión.

—¿Los quiere usted para cartas ó para impresos?—nos dirá el párroco.

—Para las dos cosas, porque tengo que enviar á mi difunto

suegro el último número de *El Mensajero del Sagrada Unión de Jesús*.

—¿Trae algo de interés?

—Sí; una revista de modas, y el principio de una novelita del padre Coloma titulada *Lo que puede un cuadro*.

Todo esto vendrá más adelante. La *filatelia mística* á que ahora me refiero se llama, ó la llamo, de esa manera porque la cultivan unos siervos del Señor, cuya interina residencia—mientras les llega la hora de ir al cielo vestidos y calzados—está en la ciudad de Gante.

Estos benditos, que responden al nombre de «hermanos de San Juan de Dios», han empleado trabajo y paciencia en recoger sellos usados, y...

—¡Ya sé!—interrumpirá el malicioso lector.—¡En recogerlos, lavarlos por un procedimiento químico y volver á expendierlos como nuevos!

Se engaña el que así piense. Eso no da ya resultados desde que les averiguaron la maña en Francia á unos frailes y unas monjitas que se dedicaban á ese piadoso lavatorio, confundiendo los sellos de franqueo con las almas pecadoras.

Los religiosos belgas son más desinteresados. Aman el arte por el arte, y con un millón de sellos—que tardaron tres meses en separar según sus colores respectivos—han formado un gran cuadro, en cuyo centro se ve un castillo *español* (¿si le habrán puesto calañés?) rodeado de un paisaje *chino*, el cual amenizan varios pájaros y mariposas que van de flor en flor, y unos perros que se lanzan contra la puertas de un *schalein suizo*.

Y aún hay quien reniega de las órdenes religiosas, y quien dice á los frailes, en verso y todo, como Manuel del Palacio, que *la vida es un combate, y de la palma nunca dignos serán los desertores!*

¿Le parece á usted, poeta amigo, que es flojo combate el que hay que sostener contra un millón de sellos, para apartarlos primero uno por uno y formar después la *obra de arte* descrita más arriba?

No sé si esa mística faena valdrá palmas (y tabacos) á los hermanos de San Juan de Dios; pero el periódico de donde he tomado la noticia cuenta que los devotos y devotas de la filatelia fraileña van en peregrinación á Gante, y el mejor día salterá algún caprichoso que diga, aprontando á tocateja un dineral:

—¡Ea! ¡Yo cargo con esa maravilla!

Y como los siervos del Señor son desprendidos de suyo, no cederán el cuadro mondo y lirondo, sino con *chorreata*, como dicen los lecheros.

Con el millón de sellos se concede un millón de días de indulgencia.

¡Ah! ¿Por qué no se les habrá ocurrido eso al padre Coloma y al padre Blanco García, para mayor gloria de Dios y mejor reclamo de sus libros?

Les hago donación de la idea, ya que carezco de fortuna que dejarles en mi testamento.

Así no podrá acusar nadie al novelista jesuita ni al crítico agustino de falta de indulgencia en sus colecciones... de vocablos.

Porque estos dos padres coleccionan palabras con el mismo ensañamiento que ponen los otros en coleccionar sellos; y si me apura algún «filatélico» demostraré que muchas páginas de uno y otro autor son al verdadero arte de escribir lo que el cuadro de los religiosos de Gante es el verdadero arte de copiar castillos, árboles, pájaros, mariposas y perros.

No exageremos, sin embargo. La *filatelia mística* es inofensiva, y aun puede juzgarse—como me complazco en juzgarla yo, admirador de la laboriosidad y la paciencia bien empleadas—con arreglo á un criterio altamente piadoso, según el cual, los hermanos de San Juan de Dios se han entregado á la tarea de que se trata con propósitos de mortificación y humildad... Es decir, para que el vulgo se ría de ellos.

Los entretenimientos de nuestros frailes son menos ingenuos y sencillos. Quizá sean más aceptos á los ojos del Altísimo, cosa que ya averiguarán los doctores que para eso tiene la Iglesia; pero mientras no nos canonicen en Roma al padre Coloma y al padre Blanco García, los ortodoxos tenemos derecho á creer que, aunque la *filatelia mística* no tenga relación alguna con la práctica de las obras de misericordia, siempre es preferible amontonar sellos á amontonar injurias.

«Todo es coleccionar», dirán ellos. Sí; eso es lo que dicen también, con escándalo de los que oímos tamañas irreverencias, otros coleccionistas que andan por ahí.

—¿A qué se dedica usted ahora?

—Á los alzacuellos de presbitero. Voy á ver si raumo los suficientes para hacer una reproducción del toro *Capibrote*.

—¡Eah! Eso es muy fácil... Más peliagudo es lo mío.

—¿Qué es lo que colecciona usted?

—Cerquillos de fraile.

—¿De fraile muerto?

—No, señora; de fraile natural.

MARIANO DE CAVIA.

ACLARACIONES

Antes de insertar las siguientes líneas del Sr. Bobadilla, con las cuales doy por concluido definitivamente el asunto que las ocasiones, me considero en el deber de dar algunas explicaciones.

Cuando empezó la cuestión yo no podía calcular sus consecuencias, y después, en mi deseo de dar siempre al MADRID COMICO imparcialidad absoluta, las circunstancias especiales que concurrían en el caso me impidieron cortar una polémica que he sido siempre el primero en lamentar.

Para conseguirlo ahora, por si se hubieran tomado al pie de la letra algunos frases del último palique de *Clarín*, y esto pudiera ocasionar nuevas rectificaciones y réplicas, declaro, en honor de la verdad, que el artículo firmado por *Fray Candil* en el número 469 no se publicó por mandato del Juez, sino porque dicho señor hizo valer su derecho, que yo reconocí espontáneamente, sin otros trémites, y esto es lo que hice constar á la cabeza del artículo.

Con esto queda terminado el asunto en el periódico.

SINESIO DELGADO.

LA ÚLTIMA PALABRA

A CLARÍN

Yo he publicado una carta que leyó todo Madrid y todo Oviedo, porque la prensa de aquella localidad la reprodujo, en que retaba franca y *enérgicamente* á D. Leopoldo Alas.

Ahora este señor se desuelga proponiéndome un *duelito embolado*. Sepa el Sr. Alas que á mí se me halla en todas partes siempre y cuando sea en la forma acostumbrada. Y puesto que anuncia que va á venir á Madrid (no dice cuándo), en Madrid le espero.

Ni una palabra más.

FRAY CANDIL.

DESQUITE

...Entonces tú eras
la reina del pueblo;
ninguna muchacha
de cuantas recuerdo
podía igualarte
ni en gracia ni en genio;
ninguna tenía
los labios tan frescos,
los pies tan menudos,
los ojos tan negros,
ni aquellos bonitos
locuaces hoyuelos
que hablaban de amores
sabrosos y tiernos.
Estrella brillante
de aquel pobre cielo,
te hicieron la corte
los cuatro laceros
que entonces brillaban
con vivos destellos;
y todos brindando
placeres intensos,
satélites tayos
al fin se volvieron.
Entonces picaba
tu orgullo en soberbio
y nada obtuvimos
mis tres compañeros
ni yo, que era el cuarto
de aquellos laceros.
Por flaco, le diste
portazo al primero;
por gordo, al segundo
mandaste á pasear;
por tonto, que nones
dijiste al tercero,
y no hiciste caso
del cuarto... ¡por feo!

Seguí imperturbable

la marcha del tiempo;
tu fama... la fama
de reina del pueblo,
con nuestros informes
quedó muy en menos;
y á poco los mozos
también comprendieron
que había muchachas
con ojos tan negros,
con pies tan menudos,
con labios tan frescos
y, en fin, con hoyitos
aún más parleteros
que aquellos locuaces,
bonitos hoyuelos.
Y hoy brilla la estrella
de aquel pobre cielo
tan triste, que casi
se nota el reflejo.
No tiene á su lado
los cuatro laceros,
ni van á brindarle
placeres intensos;
y ruega... y no le oyen
demandas ni ruegos
ni el gordo, ni el flaco,
ni el tonto, ni el feo.

—
Perdona que falte,
morena, al respeto
que deben los hombres
guardar á tu sexo;
pero ahora, mirando
tu horrible despecho,
murmuro bajito:
¡me alegre, me alegre!
Que tú me pusiste
la tilde de feo...
¡y es tilde que escucee
también en mi sexo!

ANTONIO MONTALBÁN.

CHISMES Y CUENTOS

Un telegrama:

«*Le Matin* publica una *interview* que ha tenido con un jefe anarquista. Este le ha asegurado que la dinamita robada era para hacer volar el Palacio de la embajada de España.

Por último, el anarquista de la *interview* declara que esto de la dinamita contra la embajada de España no es más que una parte del programa que preparan.

Que será entretenido, á juzgar por el prótambalo.

Sólo falta una cosa.

Que se anuncie por carteles, visados y sellados por la autoridad competente.

Al paso que vamos no tendría nada de particular encontrarnos en cualquier periódico con una noticia del tenor siguiente:

«Hemos celebrado una detenida conferencia con el célebre capitán de bandidos señor *Canela*, con el objeto de inquirir sus planes y propósitos para el mes entrante.

Gracias á la amabilidad del citado jefe podemos adelantar á nuestros lectores la desagradable nueva de que el día 8 será robada la casa de don Fulano de Tal y asesinados sus moradores; el día 12 se colocará un petardo bajo la mesa del señor Gobernador civil de la provincia y el 15 será degollado un niño de seis años en las Peñuelas.

No podemos menos de felicitar á la notable cuadrilla del señor *Canela* por su actividad y arrojo.»

Y todo va progresar, ¡qué carape!

—
Una vez en el infierno
entraron varias aljeres
y dijeron los demonios:

—¡Ay, cuantos demonios vienen!

F. DE LA ESCALERA.

Libros:

El paso de Jindis, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa, letra de D. Enrique Sánchez Peña, música de Valverde (hijo), estrenada con gran éxito en el Teatro Eslava.

La gitana, preciosa novela andaluza del maestro en el género Salvador Rueda. Descripciones maravillosas, acertada pintura de caracteres, interés palpitante, todo esto tiene el último libro del distinguido poeta andaluz. Precio, una peseta.

La muerte de Dios, por D. Antonio Clamosas y Cepeda. Libro de batalla, escrito en estilo vigoroso y enérgico y destinado á llamar la atención poderosamente. Precio, 2 pesetas.

Doña Beria.—*Cuerros*.—*Supercheria*.—Estos tres deliciosos cuentos, ó novelas cortas, como quiera llamárcelos, contiene el último libro publicado por *Clarín*. No tenemos para qué recomendarle, porque los libros de nuestro compañero se venden como pan bendito sin recomendaciones ni bombos de amigos. Cuesta 3 pesetas.

Cuerros y locuaces (fotografías clericales), por D. Joaquín González Lonsada. Colección de artículos que echan hiel y vinagre y que se leerán con fruición por los aficionados al género. Precio, 2 pesetas.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. F. R. E.—Es difícil que resulte la malicia de los epitafios. ¡Se han hecho tantas cosas iguales!

El Clavo.—Muy endeble ¡mucho! *Barba y larga*, ni en carnaval se toman la libertad de ser consonantes.

Sr. D. M. V.—Barcelona.—No me gustan las *plumadas* ni la *matizana*. Son flojitas entrambas cosas.

Sr. D. R. P.—Valencia.—Es cortito y no lo he entendido. Con que si llega á ser más largo...

Sr. D. J. H.—Valencia.—El soneto no tiene más que un defecto. Es malo. Y no todos los versos tienen las once sílabas que marca la ley.

Incógnito.—¿Duras penas se adivina la idea, porque la forma es incorrectísima.

Sr. D. A. A.—Valencia.—¡Ay, no! Esos me gustan menos todavía.

Sr. D. L. R.—Malaga.—También la forma tiene muchos defectos. La versificación es forzada y pedestre.

Corpe.—Lo que hay es que no tiene gracia ni cosa alguna de particular.

Un chico de la prensa.—Lo cual le pasa también á la composición de usted, desgraciadamente.

Leotomina.—En ocho versos dos asonancias. ¡Caramba! ¡eso es imperdonable!

Sr. D. V. L.—Madrid.—En prosa no podemos admitir nada. Porque tenemos almacenado original para medio siglo.

Un andaluz.—Que, además de ser andaluz, copia un *cuarteto* del año de Nana, y me lo remite como si fuera suyo propio.

la Vicenta.—Empezaré á copiar una para que se convenza usted:

«Mi querido amigo:

Llé se que ayer has ido á los novillos
me alegraré que te hallas divertido...»

¿No es verdad que parece mentira?

Simonides.—Muy bonito cantable para una zarzuela sentimental. Pero como composición *suella*...

El moro Mura.—Alá te guarde, oh muslién, pero esos cantares me parecen vulgares.

Siempre desahogado.—Y ahora también, por no faltar á la costumbre,

Garibay.—¡Caramba! Esas cosas no pueden describirse.

Sr. D. J. S.—Madrid.—No está mal versificada del todo, pero está muy manoseado el asunto.

Sr. D. F. A.—Córdoba.—En los mismos versos que pone usted de epigrafe está la respuesta. Porque es la misma idea ditada.

Cerdánova.—Fuertecito y verde
resulta el final.

Sr. D. E. Ch.—Madrid.—De las bestas que murmuran se han hecho muchas moralejas parecidas á la que usted hace, y es lástima, porque el diálogo es fluido y fácil.

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36

ANUNCIOS



—¿Te conozco? ¡Tú comes en Las Tu-
erías!

Matute, 6.



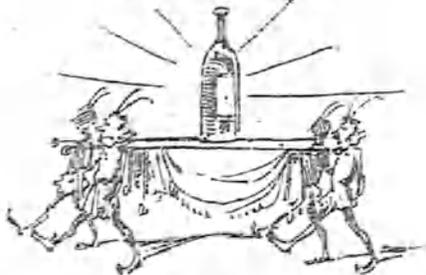
La comarsa de los pantalones ingle-
ses, carroza de PESQUERA.

Magdalena, 20.



Dos ciudadanos que no compran camas
en el Bazar de la Plaza de la Cebada, nú-
mero 1.

MÁSCARAS



El triunfo del cognac fino de Moquer.

Alonso.—Carmen, 10.



—¡Hombre, qué ocurrencia!
—¿No hay un premio para el que venga
más elegante? Pues a ver si hay algo más
elegante que este traje de punto de casa
de Tirso Rodríguez.

Atocha, 75 y 77.



A todos éstos les dolían las muelas
el domingo pasado; fueron a casa de
Tirso Pérez, y ahí los tienen ustedes
tan contentos tocando las guitarras.

Mayor, 75.



Baile de trajes en el palacio de la du-
quesa de X. Todo el mundo puede vestirse
como quiera, pero las camisas han de ser
forzosamente de casa de Martínez.

San Sebastián, 2.



—Pues todos estos perifollos tan elegan-
tes los he comprado en casa de Rodero y
Villarrubia, y me han salido por una frio-
lora.

Serrano, 36 y 38.



—De qué te vistes esta tarde?
—De reloj plateado.
—¿Y quién te platea?
—Bañas, naturalmente.

Plaza de Matute, 12.



—¡Al higuí, niñas! ¡Los caprichos para
regalos de la Perfumería Americana!

Espoz y Mina, 26.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestral, 4,50;
año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el
extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil
cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPANÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

MADRID